

ROMANO GUARDINI-LUIGI GIUSSANI, TRAZOS DE UNA AMISTAD IDEAL

Héctor Godino

Introducción

El profesor Komar, analizando la dificultad de la filosofía realista para responder de manera consistente al desafío que implica la crisis de la posmodernidad, señalaba como unos de los factores determinantes “un pastoralismo mezquinamente pragmatista”. Es interesante comprender el nudo de este error, para lo cual acude a una cita de T. W. Adorno que describe muy bien ese proceso: consiste en sustraerse a aquella “mirada larga y contemplativa a la cual sólo se abren los hombres y las cosas”¹.

No se trata entonces de un problema de falta de grandes proyectos o nuevas teorías, al contrario, se trata de un desplazamiento que nos ha despojado de una mirada.

Esto resulta de enorme importancia por las expectativas que abre. Si es verdad que no serán renovados planes los que aporten las soluciones esperadas, esto significa que el camino lo trazarán aquellos hombres que sean capaces de volver a proponer esa “mirada larga y contemplativa” ante la realidad. A este tipo humano pertenecen Romano Guardini y Luigi Giussani.

El padre Giussani frente al pensamiento de Guardini no ha sido un mero admirador sino que ha tenido un auténtico encuentro, con todo el peso que le adjudica a esta expresión, es decir, una correspondencia con el conjunto de exigencias que nos constituyen en tanto personas (exigencia de verdad, de belleza, de justicia, de felicidad).

Las palabras de Guardini lo han acompañado a lo largo de su vida y esto se refleja en toda su obra: comenzando por su obra teológica mas sistemática, *El curso básico de cristianismo*, integrado por *El sentido religioso*, *Los orígenes de la pretensión cristiana* y *Por qué la Iglesia*; siguiendo con su intervenciones sobre la realidad política y social en *El yo, el poder, las obras*; para finalizar con las charlas mantenidas con universitarios del movimiento de Comunión y liberación.

Ha continuación haremos un breve repaso de aquellos fragmentos más significativos de la obras de Guardini citados por Giussani, testimonio elocuente de un camino en común.

I. Curso Básico de Cristianismo

1. Sobre la persona de Jesús

1.1. La pedagogía de su manifestación

¿Qué sucedía en aquellos que se encontraban con esta persona, con Jesús?

Tenían la posibilidad de reconocer a un hombre como otros, pero a su vez con algunos “rasgos inconfundibles” que lo hacían distinto: cierto poder sobre los elementos de la naturaleza, una inteligencia desconcertante, una mirada sobre la gente que revelaba la propia personalidad, el propio yo. Rasgos de humanidad que inevitablemente, para quien estuviese atento, llevaban a realizar la gran pregunta que, aun en nuestros días, signa el inicio del camino cristiano: ¿Quién es este?

Dentro de la relación con este hombre esa pregunta comenzará a tener una respuesta adecuada, ya que, como en toda relación entre personas, únicamente en la convivencia se abre el espacio adecuado para que, a través de distintos signos, se manifieste el otro. Es la convivencia el terreno fértil donde se vuelve fecunda esa semilla que es el otro en mi vida.

De modo paulatino se va profundizando en una relación, de manera tal que el paso siguiente llega casi naturalmente, transcurriendo de forma progresiva de lo implícito a lo explícito.

“Esta revelación de la divinidad [...] se produce en la existencia humana de Jesús, pero no por estallidos desmesurados o manifestaciones grandiosas, sino mediante un continuo y

¹ Cf. Komar, E., *Modernidad y posmodernidad*, Ed. Sabiduría Cristiana, Bs. As., p. 54.

silencioso trascender los límites de las posibilidades humanas, en una magnitud y amplitud que al principio se percibe sólo como una naturalidad benéfica, como una libertad que parece natural; sencillamente como una humanidad sensible –expresadas en el maravilloso nombre de ‘Hijo del hombre’ que él mismo se atribuyó gustosamente- y que termina por mostrarse simplemente como un milagro [...] un paso silencioso que trasciende los límites marcados a las posibilidades humanas, pero que es bastante más portentoso que la inmovilidad del sol o el temblor de la tierra”².

Esta pedagogía de Cristo resulta una muestra clara que Dios reclama del hombre antes que sentimientos piadosos o una inteligencia particularmente esclarecida, que ponga en juego toda su humanidad, es decir, toda esa necesidad que lo constituye y lo mueve a buscar respuestas.

¡Que estremecedor resulta reconocer que el Misterio haya elegido para revelarse el mismo método como aprendemos las cosas elementales, cuando somos chicos, y también las más importantes de la vida, cuando adultos, en la convivencia con nuestros padres y maestros!

1.2. Centralidad de su persona

En el camino abierto por la pregunta es Jesús mismo quien va dando pasos.

Llega el momento en que se postula como el centro de las relaciones de esos hombres que lo siguen.

Prosiguiendo en esta senda coloca ahora su propia persona en la raíz de los sentimientos naturales, entrando definitivamente en el ámbito de su libertad. A partir de este momento la cuestión va adquiriendo tonos de definitividad ya que no queda más alternativa que aceptarlo o rechazarlo, amarlo u odiarlo.

“Una doctrina que explique la vida puede provocar asentimiento o negación [...] pero es muy distinto cuando una figura humana plantea por sí misma la pretensión de tener una importancia absoluta para nuestra vida”³.

Para aquellos que permanecen en esa moralidad originaria de apertura ante la realidad, la repuesta que comienza a dar este hombre puede resultar desconcertante, pero no abandonan la evidencia que los rasgos inconfundibles de humanidad que descubrieron en Jesús marcaron en ellos, y por esto siguen.

En cambio para esos otros que permanecen encerrados en sus esquemas, finalmente encontrarán la justificación apropiada para sus intenciones. Ellos no pueden quedarse en la muda indiferencia, no se detendrán sino hasta su eliminación.

En definitiva, es el camino dramático de un Dios que eligió apostar a la libertad del hombre para su manifestación, para quien resulta mucho más clara que para nosotros mismo, la diferencia entre generar hijos y poseer esclavos.

2. Misión de la Iglesia

Para los hombres que, como nosotros, no somos contemporáneos de ese hombre que recorría los caminos de Palestina, nos alcanza su presencia histórica a través de la Iglesia. El camino que su Presencia inauguró se vuelve ahora accesible para todos los hombres de manera segura en su Iglesia.

Ella tiene una misión con el hombre que la define particularmente y la distingue de cualquier asociación que nosotros con nuestro esfuerzo podamos constituir. La Iglesia tiene como finalidad la educación del hombre y de la humanidad en el sentido religioso, entendido como “la postura exacta como conciencia y tentativa como actitud práctica del hombre frente a su destino”.

Sabemos que muy rápidamente perdemos el sentido justo de la religiosidad, y este elemento indisoluble de nuestra misma humanidad, lo reducimos transformándolo en sentimentalismo, moralismo, cuando no pretendemos directamente eliminarlo de nuestra

² Guardini, R., *La imagen de Jesús, el Cristo, en el Nuevo Testamento*, p. 119 citado en Giussani, L., *Los orígenes de la pretensión cristiana*, p. 76.

³ Giussani, L., *Los orígenes de la pretensión cristiana*, p. 81.

vida, como fruto de esa antigua herida que nos quita fuerzas y nos opaca el entendimiento, que es el pecado original.

“Pues bien, la Iglesia sitúa sin cesar al hombre frente a la realidad que le conduce a la postura verdadera, es decir, ante el Absoluto. La Iglesia sitúa al hombre frente a lo Absoluto: entonces el hombre adquiere conciencia de que él no es absoluto; pero brota en él el anhelo de una existencia libre de las mil ataduras de la vida terrena, que alcance la plenitud interior. Le pone frente a lo eterno. Adquiere entonces conciencia de que él es perecedero, pero que está destinado a una vida inmortal. Le pone frente a lo infinito, y el hombre descubre íntimamente que, si bien es limitado hasta en lo más profundo de su ser, solamente el infinito le sacia”⁴.

Colocarnos frente a lo eterno, que nuestra vida, en cada uno de sus rincones y en su totalidad pueda estar en relación con lo eterno, es esta la mejor manera de definir la religiosidad; la posibilidad más alta ofrecida al hombre para vivir su propia humanidad.

Por esto, la concepción que la Iglesia propone de la vida es tensión, lucha, como el centinela que en la noche permanece atento al menor ruido o como el peregrino, quien rumbo a su meta ninguna situación del camino le es ajena.

“La Iglesia provoca sin cesar en él esa tensión que está en el fondo de su ser, entre ser y deseo, entre realidad y misión, y la resuelve mediante el misterio de la participación en la naturaleza divina, estar hechos a imagen y semejanza de Dios, y el misterio del amor de Dios, que dona de su plenitud lo que está fuera del alcance de la naturaleza creada”⁵.

Sólo el infinito sacia la sed del hombre, eso que nosotros mismos no podemos darnos y que la Iglesia nos lo acerca con una carnalidad ante la cual, una vez más, nuestra libertad debe decidir: adherir a este hecho que corresponde más plenamente a nuestro deseo o permanecer atada a las propias medidas.

II. El Poder

En sus intervenciones referidas a la política o la cuestión social actuales, Giussani recurre manifiestamente a Guardini para tratar sobre ese elemento que se pone inmediatamente en juego cuando el hombre actúa, “ese fenómeno específicamente humano”⁶ que es poder.

La reflexión sobre el sentido del poder, concebido por nuestro filósofo como “trazado de objetivos comunes y organización de las cosas para alcanzarlos”⁷, siempre fue necesaria debido a esa tremenda posibilidad que tenemos entre las manos de realizar tanto el bien como el mal. Pero este hecho se agudiza porque la misma comprensión de su significado está atravesada por un desarrollo histórico que la condiciona y justifica.

De manera muy lúcida describe dicho proceso histórico que origina nuestra actual percepción del poder, que se expresa ante todo en una sensación de desprotección ante él.

“La Edad Moderna creyó sin más que todo aumento del poder técnico basado en la ciencia constituía un provecho. Este aumento representaba sin más para ella un progreso en la tarea de dar a la existencia un sentido más definitivo y una mayor riqueza de valores.

“La seguridad de esta convicción se ha quebrantado, y justamente esto indica el comienzo de una nueva época. Nosotros no pensamos ya que el aumento de poder equivalga sin más a la elevación del valor de la vida. El poder se nos ha vuelto problemático de una manera fundamental”⁸.

Existe un cambio epocal de grandes proporciones que pasará a condicionar nuestra misma percepción, ya que “en la conciencia de todos brota el sentimiento de que nuestra relación con el poder es falsa, y de que, incluso, este creciente poder nos amenaza a nosotros mismos”⁹.

Por tanto, ante este estado de cosas, surge una noción contraria a la perspectiva inaugurada por el cristianismo por la cual, sin la protección de algún tipo de estructura que lo ampare (partido, clan, grupo social) el hombre aparece como despojado de dignidad:

⁴ Guardini, R., *El sentido de la Iglesia*, p. 74 citado en Giussani, L., *Por qué la Iglesia*, p. 195.

⁵ Guardini, R., *El sentido de la Iglesia*, p. 74 citado en Giussani, L., *Por qué la Iglesia*, p. 206.

⁶ Giussani, L., *El yo, el poder, las obras*, p. 11.

⁷ Giussani, L., *El yo, el poder, las obras*, p. 152.

⁸ Guardini, R., *El poder*, p. 10 citado en Giussani, L., *El yo, el poder, las obras*, p. 11.

⁹ Guardini, R., *El poder*, p. 11 citado en Giussani, L., *El yo, el poder, las obras*, p. 11.

“Si abarcamos con la mirada este conjunto, tenemos la impresión de que la naturaleza y el mismo hombre están cada vez más a disposición del dominio del poder: del poder económico, técnico, organizador, estatal. Se dibuja con claridad cada vez mayor una situación de la cual el hombre dispone de la naturaleza como dueño, pero al mismo tiempo el hombre dispone del hombre, el Estado dispone del pueblo, y el sistema técnico-económico-estatal que se desarrolla por si mismo dispone de la vida”¹⁰.

Sin tomar conciencia de este proceso histórico que ha generado un tipo de mentalidad que concibe al hombre como mero material disponible, no podremos medir el desafío que la situación actual nos coloca y la novedad que el hecho cristiano significa hoy, prolongando la concepción que Jesús tiene de la vida. En ella cada hombre posee un principio original e irreductible que lo hace valioso y que se funda en su ser dependiente, en una relación directa y exclusiva con Dios¹¹.

Conclusión

Señalábamos al comenzar nuestro trabajo la necesidad de recuperar un cierto tipo de mirada sobre la realidad, sin la cual no sólo las cosas y las personas no se abren, sino que incluso nuestras acciones tienen límites muy estrechos y no consiguen realizar aquello que prometen. Decía Antoine de Saint-Exupery que si se quiere construir una nave no se tiene que reunir a los hombres para que talen los árboles y distribuir las tareas, sino enseñarles la nostalgia del mar infinito. Algo semejante ocurre en nuestros actos ya que sin ese mar infinito del significado, ellos resultan esfuerzos vanos.

Pero, ¿cómo podremos obtener semejante horizonte infinito?

Será necesario recorrer otro camino, semejante a aquel que se atrevió a seguir el insigne peregrino, Dante, y acompañar el recorrido de su mirada. Nos interesa en particular ese momento culminante de su peregrinaje, cuando sumergido en una alta luz, ve aparecer los tres círculos de la unidad trinitaria. Allí donde finalmente parece estar ya todo dado, donde las palabras resultan extremadamente pobres frente a lo que ve, “Dante, el cristiano, no se queda en la Trinidad”: se produce entonces la manifestación de “la efigie humana”.

“Ese rostro que resplandece ante Dante no es “el rostro humano” sin más ni más, sino el rostro de Cristo; y no el rostro del “Cristo eterno”, en el sentido mítico de la humanidad absoluta o de la divinidad volcada en lo humano, sino Jesús de Nazaret, que nació en Belén, que murió en el Gólgota bajo Poncio Pilato, que resucitó del Sepulcro y que, desde el Monte de los Olivos, subió al cielo”¹².

Ese horizonte infinito, el destino para el que todos nosotros estamos hechos, tiene finalmente una determinación personal.

Don Giussani, como señalamos de manera extremadamente sintética, compartió ampliamente el pensamiento de nuestro filósofo. Sin embargo había una frase de Romano Guardini en particular que le gustaba reiterar. Para comprender cabalmente el sentido en que la usaba debemos hacer una larga cita extraída de su charla con universitarios, a los que les señala que el gran problema es que decimos “Cristo” como si no existiese:

“Porque Cristo es la respuesta, es el sentido, Cristo es la forma de la relación afectiva o del uso de las cosas o del modo de mirar la naturaleza, el tiempo, el espacio, el propio proyecto futuro o el propio pasado: Cristo debe volverse la forma de esto, la inspiración activa y fáctica de esto. Como decía el ya tantas veces por mi citado Romano Guardini en esa bellísima frase (es la más bella que haya escuchado en este sentido y es la más sintética): **“En la experiencia de un gran amor, todas las cosas se vuelven un acontecimiento en su ámbito”**. La gran cosa por la cual todo se vuelve un acontecimiento en su ámbito (es decir, determinado por ella) es la fe. La justicia es la fe. “Mi justo vive de fe”. ¿Cuál es la justicia en la relación con tu padre y tu madre? La fe. ¿Y cuál es la justicia en la relación con tu mujer? La fe. ¿Y cuál es la justicia en tu modo de estudiar? La fe. ¿Y cuál es la justicia en tu modo de trabajar? La fe. ¿Y cuál es la

¹⁰ Guardini, R., *El poder*, p. 61 citado en Giussani, L., *El yo, el poder, las obras*, p. 13.

¹¹ Cfr. Giussani, L., *Los orígenes de la pretensión cristiana*, pp. 103-108.

¹² Cfr. Guardini, R., *El ángel en la Divina Comedia del Dante*, pp. 117-121.

justicia en tu modo de ponerte en relación con todas las formas de solidaridad entre los trabajadores que se llaman sindicato? La fe. ¿Y cuál es la modalidad con la cual tú miras la sociedad, el modo de afrontar la sociedad y la realidad? La fe. La justicia es la fe, y la fe es reconocer esa Presencia: Cristo es el contenido de la fe.”¹³

Luego de nuestro recorrido llegamos a vislumbrar la razón última de la amistad ideal de estos hombres, de este encuentro donde se confunden sus miradas.

No es un nuevo sistema filosófico, nuevas ideas o una lógica más precisa; no es otra perspectiva moral o sentimental. Es una sensibilidad particular ante la existencia que no puede detenerse en las meras apariencias, sino que necesita llegar hasta la fuente misma de la que mana la realidad.

Toda la realidad clama la existencia del Misterio. Pero ahora con rostro concreto, una Presencia que se puede amar, por eso es “experiencia de un gran amor”. Pero atención, esa realidad misma es su “ámbito” y no un lugar extraño y ajeno a ella que se abre ante una cierta espiritualidad o sentimiento religioso. A partir de él, en relación con esa Presencia, es como todo se vuelve acontecimiento.

Frente a las exigencias que constituyen a cada persona, ante las preguntas que atraviesan toda nuestra existencia, que se manifiestan en cada acción como necesidad de un horizonte infinito, “el horizonte responde como acontecimiento”¹⁴, según la bella expresión de Balthasar. Pero también él advertía que “si sólo se fija en el acontecimiento con una mirada embotada y no lo entiende como el ahora actual y como el amanecer del futuro, si no sitúa el hoy mundano en el horizonte de lo hecho una vez por todas, entonces se hunde en lo irreal”¹⁵. Por esto es necesario testigos como Guardini y Giussani que vuelvan a proponer esa mirada larga y contemplativa que mencionamos al comienzo, con la cual identificarnos para poder también nosotros hacer ese camino, con la certeza de que esa mirada no es el acto de una voluntad desesperada en búsqueda de sentido, sino la respuesta a una Presencia que se vuelve acontecimiento.

Bibliografía

- Balthasar, H. U., *Teodramática*, 1. Prolegómenos, Ediciones Encuentro, Madrid, 1990.
 Giussani, L., *El sentido religioso*, Ediciones Encuentro, Buenos Aires, 1998.
 Giussani, L., *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2001.
 Giussani, L., *El yo, el poder, las obras*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2001.
 Giussani, L., *Por qué la Iglesia*, Ediciones Encuentro, Buenos Aires, 2005.
 Giussani, L., *Certi de alcune grandi cose (1979-1981)*, Bur, Milano, 2007.
 Guardini, R., *El ángel en la Divina Comedia del Dante*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1961.
 Komar, E., *Modernidad y posmodernidad*, Ed. Sabiduría Cristiana, Buenos Aires.

¹³ Giussani, L., *Certi de alcune grandi cose (1979-1981)*, Bur, Milano, 2007, pp. 397 s.

¹⁴ Balthasar, H. U., *Teodramática*, 1. Prolegómenos, p. 25.

¹⁵ Ídem, p. 26.